

ENCUENTROS EN VERINES 1992

Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

VISIONES SÓLO PARCIALMENTE MÍSTICAS

Antón Baamonde

I

Me encuentro entre los que no suelen desayunar en casa. Así que acostumbro a dirigir mis pasos .. esto es: mis llantas: las de mi coche—a un café cercano. Allí leo el periódico. Cosa curiosa y fantástica me parece a mí esa.

Crímenes improbables (<<mata a su mujer y a su suegra porque su sobrino llegó tarde<<), guerras *prêt-à porter*, aparatos para sordos, prevaricaciones, héroes del deporte (<<Induráin, homérico>>), todas las cadenas (las de TV, por supuesto, <<Vivan las cadenas!>>), una señora que busca relación con hombre maduro (<<Serio especialista en religiones orientales>>), avances neurológicos (<<Pinta la memoria de los colorines>>), el Solchaga que no cesa , relax (<<vasco, morboso>>): en fin, qué se yo, diría Montaigne (cuarto centenario, él era él, yo soy yo.<<Una pena>>. Lo de ser yo, quiero decir). Una pálida versión del mundo en el que vivo. El de las letras y otras visiones sólo parcialmente místicas.

En el bar <<compruebo>>, pues, con las deshilachadas fibras de croissant entre los labios (en el mismo momento en el que las variables geométricas de mi jersey se adornan con lamparones cafeínicos) <<Que, si me levanto griego>> (lo que acaso quiera decir que me acosté con Sófocles ¿o fue con Esquilo? No hay duda: soy un baranda), <<El mundo se yergue ante mí>> (grúa, picado, una célebre escena de Lo que el viento se llevó: ¿o fue él quien se marchó?) <<Trágico >>. O sea: que si mi ánima se alza trágica encuentra el mundo griego. Esto es, como continuada sucesión de desmesuras que han de recibir su castigo de los Dioses, si los hubiere.

Caso contrario ha de recurrirse a la caótica inocencia del mundo, esa peonza loca y azarosa. Y ha de percibirse en la superficie del papel la carencia del fondo de lo que existe. El eterno retorno de aquello que nos supera. Ya que el tiempo es un niño que juega a los dados. Gira la rueda de la fortuna, gira. Que vagabundo es el propio mundo

que va girando sin saber por qué. Las cosas han de hacerse justicia una a las otras. Fragmento. Anaximandro. Archimandrita ¿o Anaxímenes? Para negra: pasa la vida: Ligereza. Y así se viene la muerte tan callando. Pesantez. La escritura del Ulises no durará, se hará vieja rápidamente: no será memorable. Demasiadas citas.

Pero también: el periódico (yo El País, porque soy antipro gubernamental y me deleito, como un buen pobre ilustrado, con las calidades literarias de los titulares de bolsa. ¿Y usted?), el periódico, digo, y Shakespeare. Las eternas pasiones anidan en el alma humana. Incluso Freud, que también era judío, lo dijo.

¡Oh, inagotable amasijo de informaciones, textos y contextos sorprendentes!
¡Instrucciones para identificar al enemigo en caso de guerra. Rosas carentes de perfume!
¡Tu toque, Brutus! Lo ideal para un periodista (el ideal de los periodistas es llegar a ser capaces de no decidir absolutamente nada. Y eso, con montones de palabras ¿y para usted? Para mí, naturalmente, también. Por donde iba. Ah, sí ¿Y las Palabras de La Tribu?. ¿es de Goytisoló? ¿a qué hora lo dan? Punto.

Pero debo cambiar de registro. Si no la gente dejará de leer esto. Debo cambiar. Yo, esto, es mi pierna izquierda; y seguramente también el encéfalo, y la seborrea que segregó (involuntariamente, como casi todos los demás). Menos amontonamientos y yuxtaposiciones. Un ritmo más pausado y espejeante.

No maneras de escribir que llaman la atención sobre sí mismas, que revelan su artificio. Que se adelantan. Y que manifiestan su desorden el caos de lo que constituye su exterior : aunque no hay que intentar encerrar el mundo en una metáfora. Ese es el tipo de simplificación ante las que la frecuentación de la literatura nos debiera prevenir.

Tanto como podría mostrarnos que aquello que se oculta tras el misterioso nombre de la realidad consiste en una sutil convención que pasa por no serla. Una cierta ilusión de orden y significado instalada perseverantemente en nuestras mentes. Ilusión que podría ser, tal vez, desmentida, si fuésemos capaces de observar con dos o tres prejuicios menos, y con un poco más de ignorancia de orden superior. Con el tipo de fantasía en la que, imagino, nos adiestra esa rara conjunción de riesgo y afán de medida a la que damos en llamar literatura.

Incluso los periódicos, heraldos de la extraña creencia en la realidad (esa fría e inmóvil estatua de contornos bien definidos), con sus noticias rigurosamente vigiladas, nos traen ecos de esa rareza primordial que posee lo que sucede. Ecos de lo arbitrario, lo confuso, lo inmanejable y estúpido que conforman, también – y tal vez sobre todo—

nuestras vidas. Entre florecillas del campo y matemáticas sublimes se dejan entrever las afiladas garras de lo inquietante.

Por lo demás, en ciertas ocasiones se construye una literatura considerable lejos de la majestad ampulosa con que algunos fantasean su uso del lenguaje: con el comentario en tono menor de lo que se ve y de lo que se oye.

Con el débil instrumento de la peculiar patología de quien escribe sin el libro de instrucciones: desde el corazón de las propias incertidumbres, perplejidades y desgarros; desde la humilde duda llena de sabiduría; y con los materiales de lo periférico, lo casual y lo portador de fecha de caducidad. De todo lo que es incierto por sí mismo.

Incluso puede ocurrir, insisto –lo que, hay que reconocerlo, es bastante raro --, que el espíritu sople también en las páginas de prensa. Así Haro Tecglen, que, en su columna diaria, divaga (cosa que agradezco grandemente) y usa profusamente paréntesis y guiones (no para cerrar espacios sino para que se produzcan fugas) – y también los dos puntos: para ir al grano. Lo que es lo mismo. Un guión, creo yo, es una cuestión de moral.

II

Estando yo el otro día leyendo a Georges Duby –obviamente en gerundio— entereme de que, allá por el año mil, grandes eran los temores y pocas las esperanzas. Al filo del milenio enormemente empavorecía a aquellas gentes la amenaza del maligno y su cohorte de monstruos, pestes desolaciones. Leían, por esto, en alta voz, magníficos libros, que apoyaban en impresionantes atriles, con muy esforzado interés. El que da el miedo. El de la bestia que anda suelta.

Apocalípticos se pusieron, después y es natural ¿quién no, así? Leían, pues, e imaginaban. Interpretaban el Libro, hacían su minuciosa exégesis, para encontrar conocimiento, e iluminar sus vidas, y disparar sus temores. Ya que Dios es amor. E inventaron esto último en el siglo doce, se dice Amor. Por su gozo el enfermo puede sanar / y por su ira el sano morir y el hombre sabio enloquecer (Guillermo de Aquitania).

Perpetremos ahora una analogía. Indaguemos. Preguntemos. ¿Cuál es nuestra bestia, pues no hacemos más que interpretar? ¿Y cuál será nuestro alivio? ¿o ya no queremos ninguna serpiente voladora en el armario? Alguna quedará, digo yo, es un decir: patentemente un escribir.

Porque también nosotros leemos, y también nos contamos cuentos, y entramos en los cines para tremar, como antaño los peregrinos ante los pórticos de las catedrales; y

hasta metemos el aparatejo en el hogar. Para no estar solos. Para que nos cuenten cosas, para librarnos de nuestra propia presencia, tan pesada. Muchos viven del cuento, pero todos vivimos entre los cuentos, y hasta diría que somos cuento.

III

Dado que, según parece, vivimos en la época de las imágenes (del mundo) puede concluirse, con cierto grado de plausibilidad, que, como ya había predicado Nietzsche, el mundo verdadero es un error. Y que la realidad es una fábula. Deduzco, por eso, que, si el mundo es un efecto de ficción (hipótesis), la crítica literaria posee cierta importancia. Es una forma de vengarnos de los ambos textos, aunque ignoro, por otro lado, el significado preciso de la palabra malo.

Venganza que, me parece, nos permite asomar la cabeza entre los intersticios de tales textos. Los cuales se re-envían los unos a los otros hasta formar una más o menos tupida red, que constantemente se hace y se deshace: como le ocurriera a un célebre lápiz, cuya autora evitó, con eso, que fétidos e indeseados alimentos alientos compartieran su lecho y sus noches. Creo que más o menos esto dice Derrida (Supongo que lo dice. No me gustaría quedar mal).

Pero ¿Qué buscamos entre ellos? ¿o, qué buscan ellos en nosotros, dado que somos una especie de textos de encuadernación más bien generalmente protestables? Por lo que respecta a Derrida, Habermas escribe que este realiza, mediante el ejercicio de la así llamada deconstrucción, una versión del Talmud, que de lo que se trata es de encontrar entre los textos un indicio del rostro inabordable del Señor.

Así que, en el fondo (que trampa y que facilidad esto de: en el fondo), se podría avenir con Georges Steiner. Con su idea de que en la palabra debe resonar la presencia de lo misterioso y de lo inaferrable, de que en la obra de ha de fijar la escurridiza sustancia de lo efímero. De que ha de haber cortesía, apertura al texto y a los otros, y al Otro. A lo que excede de la muda indiferencia con que se nos daría un universo desprovisto del indefenso mostrarse de lo humano.

Porque es mediante la palabra que se puede edificar la contingente eternidad que le puede ser dada al hombre. La literatura, que, como otras formas de escritura, organiza lo llamado a ser perenne y memorable, debería evitar el peligro de alejarse de lo que tal vez constituye su auténtico origen: el trato con lo que está más allá de la línea de sombra. El peligro de que, por usar la metáfora religiosa, se nuble la epifanía del espíritu.

De ese modo, según se puede suponer, se aseguraría a la continuidad de su deriva, que es la nuestra. (Parece que, a pesar de todo, seguimos en lo de la teología. La Palabra. La Escritura. La Voz del Señor. Su Mostrarse y Ocultarse o el Mostrarse y Ocultarse de Sus Metáforas, esas sobre las que se asienta nuestra cultura.

IV

Claro que ¿y si Derrida sólo dice lo quien dice? (Por cierto: ¿Qué dice?) ¿Y si sólo existen textos? Textos que remiten a otros textos, y en los que no hay más que presencia de los ecos de otros textos, juegos de metáforas, luz tenue, juego de los horizontes del mundo. Pero sin aura alguna. El nihilismo consumado (algo así). El texto perfectamente secularizado.

¿Y si las novelas, en el futuro, debiesen ser escritas sin voluntad de sombra, sin curas ni frailes? ¿Y si hubiese que obligar a dimitir a su patrón (al de los curas), o mejor, sumirlo en el olvido. A él y a toda forma de trascendencia, o de presencia del *mysterium*. Si nadie lo quiere? Para qué sirve?

(Por cierto, Voltarire no permitiría que sus criados dudasen de la existencia de una justicia divina, para o exponer su cubertería a los ojos de la ambición del populacho. Por cierto: usted con qué elemento de ficción se identifica, ¿con Voltaire o con el susodicho populacho?)

Con esto nos situaríamos en lo de las palabras postfreudianas. Liberadas de la ley del Significante, de Dios, del Padre, de Edipo etc. Palabras como jardines o mariposas, como termes o lobos, como gotas que se condensan y ratifican.

Sometiéndose al código sólo para realizarlo según una lógica obtusa y perversa, una lógica de diseminación. Tal vez para desterritorializar, y permitir fugas y aventuras, o –asunto también posible en cualquier régimen de lenguaje que considere—para reterritorializar, y encerrar a los amantes.

El lenguaje como horizonte. El lenguaje como manera de hacer mundos. Como –según dicen los modernos—lugar de producción de diferencias y, por tanto, de aperturas. Acaso no menos (como siempre), como el poderoso esfuerzo de seguir la estela del designio, y combatir contra el Tiempo: contra ese reyezuelo que, sin duda, permite nacimientos, fiestas y guirnaldas, pero que, ciertamente, también se abre paso sembrando dolor y destrucción. Y, pues, la literatura como plegaria empeñada en salvar lo amado.

